I PREMIO "EDUCERE" A LA CREACIÓN ARTÍSTICA SOBRE EL TEMA EDUCATIVO

Cuento breve: Un maestro caduco

Pseudónimo: El maestro que sueña

Un maestro caduco

Todos tus cursitos ya no sirven de nada

Todos tus cursitos ya no sirven de nada

Todos tus cursitos ya no sirven de nada

¡Con calma!

¡Profe buenos días!- gritó un niño en la otra acera mientras apretaba el paso para llegar quince minutos antes de la hora. Un saludo que marcó el inicio de un día que no sería de lo más agradable y no, no me malentiendan, me encanta mi trabajo, pero… bueno, tantas cosas. Primero llegué directamente al viejo salón de clase y realicé el ritual de siempre: sacar llaves, abrir los estantes y el escritorio, acomodar el material de lectura y poner la fecha del día. Los niños y niñas llegaban como la lluvia, intempestivamente.

Un saludo tras otro, abrazos y preguntas de "¿cómo te fue ayer?" privaron unos minutos hasta que la campana de la escuela soltó su grito metálico y todos tomamos nuestros puestos. Estaba sentado sobre el escritorio y los chicos llenaban su diario mientras esperaba a los últimos niños en llegar; siempre tarde, siempre corriendo, entendible si vienen caminando de tan lejos.

Empezamos la clase con la asamblea de todos los martes. Platicamos temas, dudas y algunas propuestas para el salón. El secretario de hoy fue Karol y le costó un poco el ritmo de los compañeros, nada de qué preocuparse, sólo un poco de paciencia de parte del grupo mientras anotaba las ideas para el proyecto de la semana.

El tema escogido en la votación final fue sobre la cocina local o los platillos que hay en Mendoza. Interesante elección. Podríamos ver varios aprendizajes del programa. Brincaron a mi mente la receta, unidades de peso y el respeto a la diversidad. Mientras, los chicos regresaban a su lugar para escoger su producto final y empezar con la formulación de preguntas.

El día siguió como acostumbra: un par de niños no hicieron la tarea porque alegaron que salieron con sus mamás y no les dio tiempo porque regresaron noche, y otro más porque su papá salió tarde del trabajo. Lo usual. Revisamos tarea en la clase siguiente y continuamos con la resolución de los desafíos matemáticos. Creo que ya le voy entendiendo a este programa 2011, después de casi 6 años de vida y algunos tropiezos, ya era justo.

Después tuvieron su sesión de educación física, mientras tanto, aproveché para citar a la mamá de Gabriel, pues lo he notado raro estas últimas dos semanas. Llegó un poco tarde y se disculpó hasta el cansancio por la falta de tareas y juraba por todos los santos del cielo que le pondría más atención al niño; sin embargo, a pesar de esto, repetía constantemente "no sé qué hacer con él". Una de esas frases trilladas que se han vuelto costumbre en esta escuela, según

comentarios de mis compañeros, pues muchos parecen experimentar una sensación similar con sus hijos e hijas.

¿Será la edad? No, no son tan jóvenes. Al menos no todos. ¿Será su situación emocional? Probablemente sí, al menos ella no deja de mencionar que su esposo sale siempre tarde del trabajo y que no hay quien le ayude con las cosas de la casa. Además, con la secundaria terminada hace ya algún tiempo estoy seguro que algún aprendizaje ya se oxidó un poquito, ¿cómo ayudar en casa al niño si ella no se acuerda y el papá no está? Bueno, al menos tiene trabajo el señor…

El relato de la señora prosiguió al igual que mis conjeturas y mis elucubraciones. Al terminar la entrevista le di algunas sugerencias para trabajar los temas que más dificultades presentaba Gabriel y traté de darle algunas palabras de aliento, de esas que surgen de no sé dónde pero que siempre ayudan en momentos así. Al terminar la junta, se levantó más reconfortada y se fue, aunque tengo el presentimiento que sigue sin saber exactamente qué hacer con su niño. Ningún hijo viene con un instructivo.

No había tiempo para más cavilaciones, pues los chicos regresaban de su sesión de juego libre en vez de clase y ahora tenía que reenfocar esas energías todavía alteradas. Una inversión valiosa de minutos, ya casi era hora del receso.

Terminamos haciendo una actividad de repaso del tema en turno de historia y salimos al receso.

¿Cómo van tus niños?- me preguntó Camacho, mientras salía del salón. Pues supongo que bien, algunas dudas pero hay que seguir reforzando los temas. ¿Qué tal los tuyos?- contesté. Una risa socarrona emergió de él y fue todo lo que obtuve como respuesta. Ese era el primer encuentro del día con él.

Salí a comprar el desayuno. Una torta y un agua, lo poco que se antoja de lo que venden en la escuela. Me senté en una jardinera y no tardaron en llegar dos compañeros más.

¿Ya te llegó la notificación de la evaluación?- inquirió Ana. No, contesté, la verdad es que aún no me llega y ¿a ti?, la pregunta que desató un huracán de quejas.

Afortunadamente el repique de la campana acabó con el monólogo anti sistema más repetido de los últimos tiempos donde sólo nos era permitido asentir o negar en algunos puntos en común que teníamos con ella. Héctor se paró y Ana se enfiló junto con él debatiendo acaloradamente a los oídos sordos de mi compañero. Yo hice lo mismo y tomé rumbo al pequeño salón que me esperaba.

El resto del día trabajamos tranquilos, sólo un par de llamadas de atención por no hacer las actividades a tiempo y no cumplir con las actividades en el equipo. Nada fuera de lo común. Ya, hacia las 12:30 (¡qué rápido pasa el tiempo!) apuntamos en el diario la tarea de nuestra próxima sesión, acomodamos los materiales de lectura y jugamos adivinanzas matemáticas para poder salir.

Antes del toque vi pasar a Eugenio con sus niños formados caminando hacia el portón. ¡Con calma!- me dijo. Lo despedí con la mano y seguí preguntando a mis niños que se emocionaban con ese juego de retos mentales. Una vez terminado y aprovechando el tiempo en que los demás niños eran entregados en el zaguán, recogimos el resto de nuestras cosas y salimos del salón.

Entregué a todos mis alumnos con las mamás, tíos y algún papá presente y regresé a la dirección a firmar mi entrada (que se me había olvidado) y mi hora de salida. ¡A ver, tú normalista! Seguro sabes la nueva noticia- comentario dirigido a mi persona sin saber absolutamente nada de lo que hablaban.

Sí tú, ¿o no sabes?- dijo Eugenio- todos tus cursitos ya no sirven de nada. Y mi cara delataba completa ignorancia sobre el tema que él hablaba con el director y los maestros que estaban ahí.

-Ya ves, te lo dije, todo cambiaría de nuevo ¿para qué te estresas? ¡Con calma! Tú que no te quieres- seguía en tono socarrón el buen Eugenio.

¿De qué hablas Eugenio?- espeté sorprendido. El programa de estudios volverá a cambiar, contestó. Todos en el lugar asintieron con desconsuelo y resignación. El secretario de educación había dado la “buena nueva”. *Pero si apenas le estoy encontrando el modo a este programa 2011*, pensé.

Pues lo que venga, todo será igual, presentaré mis exámenes, los pasaré como ya hice con el reciente y ¡ya! para qué me estreso si nada va a cambiar- dijo finalmente Eugenio, despidiéndose con su comentario.

Ya veremos qué pasa. Todavía falta mucho para que se implemente- dijo el director, mientras los demás asentían sellando el tema en el cuarto. Firmé en el lugar de siempre y salí de la dirección.

Se avecina una nueva oportunidad, pensé. Tratando de ser positivo, salí de la escuela recordando palabras de un maestro de la normal “todo conocimiento tiene fecha de caducidad”.

Los chicos no merecen un maestro caduco, tendré que buscar la manera…